

SILUETA DE IRENEO PAZ

OCTAVIO PAZ

A Napoleón Rodríguez

El Fondo de Cultura Económica pone en circulación en estos días el primer tomo de Algunas campañas, libro de memorias de Ireneo Paz, que viene precedido por un estudio inteligente y bien informado de Antonia Pí Suñer. El segundo tomo se cierra con la siguiente semblanza del autor, escrita por su nieto, Octavio Paz. Es un capítulo de memorias sobre un libro de memorias, y se extiende más allá de la crónica familiar, a la evocación histórica.

Uno de mis primeros recuerdos infantiles es una amplia terraza rectangular. El piso era de losetas bien ajustadas en forma de rombos blancos y azules. Tres alas de la terraza estaban bordeadas por las habitaciones, el comedor, un saloncito circular con un tragaluz, la biblioteca, la sala de esgrima y otras dependencias. La cocina, la despensa y los cuartos de servicio se alineaban atrás de la casa propiamente dicha, a lo largo de un corredor con un bandal de ladrillo rojo que colindaba con el jardín. El lado posterior de la terraza estaba abierto y lo remataba una balaustrada de poca altura; en el centro, una escalinata de seis peldaños llevaba a una glorieta. Más allá, entre prados y plantas, un senderillo que terminaba en una fuente a la japonesa, simulando un lago minúsculo rodeado de pedruzcos y atravesado por un puentecillo. Más lejos aún, el círculo de los pinos, una palmera, tres fresnos y, sobre el muro de adobe, la mancha cardenalicia de un moral. En el extremo opuesto de la terraza había dos salones silenciosos, siempre cerrados. Cada uno tenía un balcón que daba a la Plazuela de San Juan: media docena de fresnos centenarios de troncos robustos y áspera corteza; una fuente redonda y unas cuantas bancas de madera que hacía mucho habían sido pintadas de verde; una iglesia pequeña que parecía más hecha para los pájaros que para los hombres, rodeada como una tardía compensación por un atrio enorme en el que sobresalía una gran cruz de piedra, en el centro el rostro de Cristo con su corona de espinas; unos portales que albergaban dos o tres tendajones. Las fachadas de dos casas cerraban por el poniente a la plazuela y le

daban un aire a un tiempo señorial y melancólico: la de Ireneo Paz, construida a fines del XIX y la de los descendientes del famoso jacobino Valentín Gómez Farfás, que era de las postrimerías del XVIII. Se entraba a la casa de los Gómez Farfás por un ancho y oscuro portón de madera, a cada lado un poyo de piedra gris; a la nuestra por dos altas verjas de hierro con las iniciales entrelazadas del propietario.

El barrio era tranquilo y tan callado que podía ofrecer el paso del tiempo. La casa era grande y lo parecía aún más pues estaba casi deshabitada. Cuartos y cuartos vacíos raramente visitados por borrosas figuras que ahora, vanamente, quiero fijar: mi abuelo, mi madre, mi tía, Ifigenia que cocinaba y servía lo mismo para un barrido que para un regado, su marido, Elodio, que era el jardinero y el hombre de los mandados. Mi abuelo iba y venía por aquellas soledades como quien se adentra en sí mismo. Vestía chaquetas de terciopelo oscuro suntuosamente bordadas, a la moda de 1900. Lo movía una suerte de paciente exasperación. Años más tarde supe que había sido un hombre muy activo: había conocido las penalidades y la camaradería de la guerra, las agitaciones de la política, los torbellinos del periodismo y el silencio del cuarto del escritor. Al caminar por aquellas habitaciones pobladas por los fantasmas de los muertos y los ausentes, ¿recordaba sus aventuras, sus amores, sus odios, la breve centella del triunfo, el pozo de la caída? ¿Pensaba en sus desastres familiares, en el alcoholismo de sus hijos, en la muerte de su mujer, en el desmoronamiento de su mundo? ¿O sólo se aburría? No sabría decirlo. De aquellos años sólo me quedan sombras huidizas.

Salí de México con mi madre y por una larga temporada vivimos en Los Angeles. La caída de Carranza y el triunfo de Obregón acabaron con el destierro de mi padre. Volvimos a vivir con mi abuelo y mi tía Amalia, ahora en una casa mucho más chica. Para sobrevivir, Ireneo Paz tuvo que hipotecar sus bienes y alquilar la casa grande. En la que vivíamos ahora, amueblada con los restos de residencias anteriores, había muchos y grandes estantes llenos de libros. También un jardín o, más bien, una pequeña huerta

con un pozo, seis esbeltos pinos, una buganvilla y dos higueras a un tiempo pródigas y misteriosas. Las habitaciones eran espaciosas. En el comedor yo me sentía un poco desamparado: la mesa era muy grande y nosotros muy pocos. En las recámaras y en los pasillos había muchos retratos. En la sala, muebles vetustos y, colgados en los muros, espejos de marco dorado y dos o tres cuadros, académicos paisajes del Valle de México. En un ángulo un piano y, en el muro contiguo, prominente, una inmensa fotografía de Porfirio Díaz a caballo. Aunque mi padre protestaba por la presencia de la imagen del dictador en la sala, mi abuelo se rehusaba a moverla y ahí se quedó hasta su muerte, unos pocos años después.

Más tarde supe, por mi padre y otros testigos de sus discusiones, por qué mi abuelo se había negado a mover el retrato. En su juventud, decía, había sido admirador, partidario y amigo de Porfirio Díaz. Luchó por él y con él. Cuando, al fin, asumió la presidencia de México, lo había apoyado, como la gran mayoría de sus compañeros, todos liberales y más jóvenes que la generación de Juárez, los llamados "tuxtepecanos". Entre ellos había gente como Riva Palacio, Vallarta, Vigil. Pero Díaz no tardó en desplazar a sus antiguos partidarios en favor de un grupo de jóvenes, los "científicos" (ahora diríamos "los tecnócratas"), llegados a la escena política cuando Porfirio ya había conquistado el poder. (Mi abuelo no era enteramente justo: aquellos "advenedizos" eran sin duda más capaces, aunque no tardaron en convertirse en una oligarquía). Su entusiasmo por Díaz se enfrió; sin embargo, continuó apoyándolo: eran innegables y numerosos los beneficios de su administración. Lo más asombroso: la paz reinaba en el país después de más de medio siglo de guerras civiles y dos intervenciones extranjeras. Lamentaba, sí, que no se hiciese nada por encaminar la nación hacia una verdadera democracia. Esto lo llevó, al final, a apoyar la candidatura de Bernardo Reyes como una alternativa que impidiese una nueva reelección de Díaz. Este mismo sentimiento inspiró algunas críticas de *La patria* al régimen. Pero esas críticas, más bien moderadas, bastaron para llevarlo a la cárcel por una corta temporada... Él había perdonado y olvidado todo esto y resumía así su juicio sobre Díaz: hechas bien las cuentas, hizo más bien que mal al país. Su gran pecado fue la ceguera y la sordera de sus últimos años: no quiso dejar el poder y su terquedad provocó el terrible estallido de la Revolución.

Mi padre disientía. Las causas de la Revolución no eran únicamente políticas sino sociales: la inmensa pobreza del pueblo, los abusos de los poderosos y de los jefes políticos y, sobre todo y ante todo, el hambre de tierra de los campesinos. Con la excepción de Ponciano Arriaga, los constituyentes de 1857 habían

sido ciegos ante la cuestión agraria; al dismantelar las grandes propiedades de la Iglesia y las órdenes religiosas habían destruido también la propiedad comunal de la tierra, una institución que venía del mundo prehispánico y que la Corona española había reconocido en las Leyes de Indias. Así, los liberales prepararon el latifundismo del período de Díaz. Mi abuelo replicaba: siempre ha habido injusticias pero las injusticias, por más graves que sean, no provocan por sí solas las revoluciones. El problema de la tierra, que a ti tanto te apasiona (mi padre fue uno de los fundadores, con Soto y Gama y otros, del Partido Nacional Agrarista) pudo y puede resolverse con una reforma agraria inteligente. No, lo determinante fue la política: Porfirio Díaz tuvo la oportunidad de transformar paulatinamente a este desdichado país en una democracia. Si la hubiéramos alcanzado, habría sido posible plantear y discutir el problema de la tierra y los otros de que hablas. Díaz no lo hizo y encendió la mecha revolucionaria. El héroe de la paz se convirtió en el causante de la guerra civil y del caos presente...

Durante esos últimos cinco años de su vida, conocí mejor a Ireneo Paz. Ahora, al releer la nueva y cuidada edición de *Algunas campañas*, con el inteligente y claro prólogo de Antonia Pí Suñer, lleno de noticias y observaciones pertinentes, ejemplo de comprensión histórica del protagonista y de su época, me pregunto: el anciano que conocí y al que me arrimé como uno se arrima a la sombra de un árbol, ¿guardaba alguna relación con el hombre joven que había participado en la guerra contra los franceses y en las agitaciones y revueltas de los partidarios de Díaz durante las presidencias de Juárez y de Lerdo de Tejada? En apariencia, nada o casi nada había quedado de aquel joven desbocado; ni en sus comentarios ni en su talante se percibían huellas de sus entusiasmos y de su amor por las conspiraciones y las acciones arriesgadas. Había perdido las ilusiones; la edad y la desaparición de su periódico, *La patria*, confiscado por el general carrancista Pablo González, lo habían inmovilizado. Y sin embargo... La ironía, rasgo permanente de su carácter, lejos de desaparecer con los años y los escalabros, se había transformado y ahora se manifestaba en breves sarcasmos y en un alzarse de hombros que oscilaba entre la antigua rebeldía y la resignación. Segura siendo un inconforme y sus silencios eran ceniza sobre brasas. Era lo que había sido siempre: un liberal, un hijo rebelde pero fiel a las ideas de la generación anterior a la suya, la de los hombres de 1857. Aún detestaba a los "científicos", a los que atribuía el desastroso final de Porfirio Díaz. De Justo Sierra nunca hablaba aunque la simple mención de su nombre instantáneamente obscurecía su semblante. Le pesa-



ba, siempre le pesó, su desdichado duelo con Santiago Sierra, hermano de Justo. Fue un hecho que lo marcó, una herida nunca cerrada.

Justo Sierra estaba convencido de que el autor de la "infame intriga" que había enfrentado a Santiago Sierra con Ireneo Paz (al que llamó "asesino") era "un miserable llamado Manuel Caballero". No creo que Caballero haya tenido arte ni parte en ese triste suceso. Sea como sea, años después del duelo y de ese desahogo de Justo Sierra, se le ocurrió a Caballero, buen periodista y escritor de tercera, resucitar la *Revista Azul*, la publicación que, bajo la dirección de Gutiérrez Nájera, había iniciado el "modernismo" en México y en otras partes. La revista de Caballero, como era natural, fue un fiasco y duró poco. Pero los brillantes muchachos del Ateneo de la Juventud, encabezados por Pedro Henríquez Ureña y Alfonso Reyes, se manifestaron ruidosamente en un acto de protesta en contra de Caballero, el usurpador, y en desagravio de Gutiérrez Nájera. En un notable y penetrante ensayo Gabriel Zaid ha mostrado que esa protesta juvenil en defensa de la pureza del arte no era, en el fondo, sino un acto de oportunismo político alentado por Sierra. A las convincentes razones de orden histórico y político que expone Zaid, me atrevo a añadir otra, de índole personal: la animadversión que Sierra profesaba a Caballero. Aclaro a los suspicaces, que son legión en México: no me mueve en esto una tonta pasión familiar. Admiro a Sierra, al educador, al historiador y al ensayista. Lo veo como uno de los pilares que sostienen el frágil edificio de nuestra nación.

Desde joven Ireneo Paz fue aficionado a la historia y esta inclinación lo llevó, en su madurez, a escribir novelas de asunto histórico. Ahora bien, quien dice historia dice, casi siempre, política. Esta última fue una de sus grandes pasiones. Sin embargo, no fue realmente un hombre político. Fue un periodista, un literato. Hasta su vejez estuvo poseído por un amor que lo separaba tanto de la acción como de esa neutralidad superior sin la cual no se puede escribir un libro de historia. Ese amor fue la literatura. En política fue un marginal y sus compañeros, comenzando por Díaz, lo vieron siempre con un poco de desconfianza. La ironía, aunque no moderase sus pasiones de partidario de esta o de aquella facción, sí denunciaba cierta distancia entre lo que pensaba y lo que creía, entre lo que creía y lo que hacía. El espíritu crítico, aliado a un temperamento revoltoso, lo convertían en un instrumento indócil. El escritor es el hombre que ve en todas las cosas, aún las más nítidas, un diminuto *punto negro*. Nerval lo dice de modo admirable: "Vf al sol y un *point noir est resté dans mon regard avide*". El punto negro es la conciencia o, más exactamente, el sentimiento de la general relatividad de las cosas. El punto negro provoca la distancia de la realidad y se expresa en dos direcciones opuestas aunque con frecuencia complementarias: la crítica de la realidad y la invención de otras realidades. En Ireneo Paz estas dos direcciones fueron el periodismo y la ficción novelesca.

Su orgullo, hasta el final de sus días, fue ser un periodista. Subrayo: periodista en el sentido tradicional de la palabra; no un informador ni, como se dice ahora de manera bárbara, un comunicador: un comentarista. No ofrecía noticias sino opiniones. En su juventud fundó varios periódicos, todos de oposición; más tarde fue director y propietario de un diario de cierta importancia, *La Patria*. Sobresalió en la sátira política. Siguiendo a Cervantes, creía que la risa es la mejor cura de los desvaríos humanos. No el llanto ni la queja del colérico Heráclito sino la carcajada del risueño Demócrito. En este género, me atrevo a decirlo, fue un maestro. No pienso tanto en sus artículos ni sus crónicas —escribió miles— como en sus sonetos satíricos. Los flechazos del *Padre Cobos* y de *Doña Caralampia Mondongo* en contra de Juárez y de Lerdo cuentan entre lo mejor de la poesía satírica del siglo XIX. A la inversa de Tablada y de Novo, que en nuestro tiempo han cultivado el género con gran talento, las víctimas de sus sonetos y epigramas fueron personajes políticos, no colegas ni rivales literarios. Tampoco fue procaz —la época lo prohibía— como Quevedo y Góngora o, entre nosotros, Salvador Novo. Agregó que tuvo el talento de escoger a notables artistas para ilustrar sus escritos, entre ellos a José Guadalupe Posada.

Escribió novelas, dramas y comedias. La primera obra indigenista mexicana es su novela romántica *Doña Marina o La piedra del sacrificio*. Su amor a la historia mexicana lo llevó a escribir varias series de *Leyendas históricas*. En esto siguió sobre todo a Benito Pérez Galdós. También admiraba al cronista de la Lima virreinal, Ricardo Palma, con el que sostuvo alguna correspondencia. Muchas de esas obras fueron muy populares en su tiempo. Años más tarde, hacia 1920, cuando mi padre vivía desterrado en Los Angeles, dirigía un semanario político con el doctor Ramón Puente (autor de la mejor biografía de Pancho Villa). La empresa tropezó con algunas dificultades materiales y los dos directores decidieron reeditar un libro de mi abuelo: *Vida y muerte del más célebre bandido sonorense, Joaquín Murrieta*. Se vendieron miles de ejemplares entre la colonia mexicana. Murrieta es una leyenda en California. Me he ocupado brevemente de su figura en un pequeño ensayo, "Literatura hispánica de y en los Estados Unidos", recogido en *Fundación y Disidencia*.^{*} Varios escritores contemporáneos se han interesado en la figura de Murrieta, entre ellos Borges y, sobre todo, Pablo Neruda, que le dedicó un poema dramático: *Fulgor y muerte de Joaquín Murrieta, bandido chileno*. Joaquín dejó de ser sonorense y perdió una r en el tránsito hacia Chile. El Padre Alberto Huerta ha escrito recientemente con erudición y pericia sobre Murrieta. Él piensa, como yo, que era de origen sonorense.

Ireneo Paz fue un escritor abundante y variado; también un autor descuidado y aun deshilvanado. Escribía con prisa y la prisa es enemiga de la perfección. Estaba más interesado en contar una historia y en divertir al lector que en conmovirlo o hacerlo pensar. Él aceptaba de buen grado estas limitaciones y respondía diciendo que su propósito era ser leído por muchos y cautivar a sus lectores. No se equivocaba enteramente: aparte del interés histórico de *Algunas campañas* y otros escritos suyos, sus novelas y leyendas poseen dos cualidades que echo de menos en algunas novelas contemporáneas: la velocidad de la acción y las peripecias de los protagonistas, a veces emocionantes y otras, las más, entretenidas. Sucesión de episodios encadenados no por una idea sino por las necesidades del relato: un incidente provoca otro. Su prosa es fluida y tiene esa cualidad que distingue al novelista del poeta: el novelista debe aprender a oír, su voz no es suya sino de muchos. Pluralidad de hablas; un ojo perspicaz para ver y aprovechar los detalles significativos, olfato para prever o preparar el fin de una situación o el comienzo de otra: oído, ojos, olfato, dones del narrador. Estas cualidades le sirvieron con mayor eficacia en textos co-

^{*} Tercer tomo de mis *Obras completas*.

mo *Algunas campañas*, libro de memorias, que en sus ficciones novelescas, con frecuencia dañadas por parrafadas retóricas o sentimentales. Sí, escribió páginas engoladas o lacrimógenas pero, casi siempre, lo salvó el humor.

Cultivó con fortuna lo que Victor Hugo llamó, en una célebre colección poética, *L'Art d'être grand-père*. Quiso a todos sus nietos y nietas, más a ellas que a ellos; como yo vivía con él, mi compañía lo divertía y a mí la suya me asombraba. A pesar de su vida llena de aventuras y altibajos —o precisamente por esto— era más bien metódico. Se despertaba temprano y tendido en la cama movía las piernas con energía, como si montase una bicicleta imaginaria; después se levantaba y por cuatro o cinco minutos subía y bajaba una pequeña pesa de hierro. Era ligera pero él tenía 80 años. En el curso de la mañana leía la prensa; después se encerraba en la biblioteca con mi tía Amalia y le dictaba hasta el mediodía. Mi tía tecleaba en una vieja máquina Oliver. Nunca pude saber cuál era la materia de esos dictados matinales. Muchos años después, al recordar esos días, he buscado esos papeles. ¿Memorias, novelas? No lo sé. ¿Dónde estarán? ¿Se habrán perdido? Confieso que todavía tengo esperanzas; tal vez el día menos pensado esos papeles reaparecerán.

Una de sus grandes aficiones, que compartía con su hija Amalia, era la historia de Francia y su literatura. Mi abuelo prefería la historia y su período favorito era el de la Revolución: sus héroes eran Mirabeau y, un poco menos, Danton, Camilo Desmoulins y Bonaparte. Detestaba a Marat y a Robespierre. Mi tía, en cambio, prefería las novelas y gracias a ella leí, primero, a Alexandre Dumas y, más tarde, a Balzac, Constant y otros. Amalia tradujo un libro curioso: *Las Memorias de Artagnan*, el modelo de Dumas, Charles de Batz, capitán de los mosqueteros del rey y después mariscal de campo. Los gustos de ambos, como los de mi padre, aunque él no sentía tanta pasión por la literatura, se extendían a otros países y lenguas. Leían a los ingleses, a los alemanes, a los rusos y, mucho, a los españoles. Ya mencioné a Galdós; podría añadir a Pereda y Alarcón. Había ediciones suntuosas de Campoamor y de Zorrilla. Recuerdo de este último una muy bonita, ilustrada por Gustave Doré. En ediciones menos ostentosas pero más útiles teníamos libros de Bécquer, Espronceda y, gran novedad, la primera edición de *Prosas profanas*. Asimismo, dedicados, los *Poemas rústicos* de Othón y *Los de abajo* de Azuela. Además, los clásicos españoles, los griegos y los latinos. No podían faltar, claro, Voltaire, Rousseau y los otros ilustrados. Novedades: Ibsen, Schopenhauer, Nietzsche, los rusos y un libro que me estremeció y me irritó: *Degeneración*, de Max Nordeau.

Muy pocos de esos libros podían excitar, entonces, mi curiosidad. Los leí bastante más tarde, en mi adolescencia y en mi juventud, ya muerto mi abuelo. Pero le debo a él y a su biblioteca esas lecturas que me formaron. Lo que yo prefería en esos tiempos era sentarme a su lado, en el balcón en donde leía o veía pasar las horas, para oír sus cuentos y sus historias. Era un prodigioso surtidor de anécdotas y sucesos. No sólo lo escuchaba: lo seguía por todas partes. Él me enseñó un poco la esgrima (guardábamos en un desván algunas caretas, petos y 7 floretes, todos en mal estado). Y algo mejor: me hizo cultivar la tierra. Para distraerse había plantado en la huerta algunas legumbres y yo le ayudaba en la siembra de las semillas; después, a regar el sembrado y, más tarde, a sacar de la tierra las lechugas, los rábanos y las coles. Comíamos a la una de la tarde, a la francesa, para desesperación e irritación de mi padre, que seguía el bárbaro horario mexicano y español. Antes de sentarse a la mesa, mi abuelo tomaba un viejo cuerno de caza, colgado de una pared, y haciéndolo sonar con gran estrépito daba vueltas y vueltas por el jardín y alrededor de la casa. Yo lo seguía, tocado de un gorro de papel periódico que él mismo había confeccionado y que recordaba vagamente a los tricórnios. Nos acostábamos temprano. Los jueves y domingos íbamos al cine, con mi madre y mi tía, a ver películas de episodios. Para él, como para mí, el cine fue un gran descubrimiento. Nos visitaban algunos amigos y parientes. Después de la comida, los mayores mataban el tiempo con interminables partidas de cartas.

Una vez a la semana visitaba México. Vivíamos en Mixcoac, que entonces era un pueblo que distaba, en tranvía, una hora de la capital. Para nosotros México era otra ciudad; mejor dicho: la ciudad. A pesar de su edad, se empeñaba en salir solo. Eso me distrae, decía. A veces, pocas, yo lo acompañaba. Amalia nos veía salir mascullando frases de reprobación: aquellas salidas eran un escándalo y más si se llevaba como acompañante a un niño. La indignación de mi tía y la de mi madre, más moderada y sonriente, tenían una explicación: nuestra primera visita —hacíamos dos o tres— era a dos señoras. Una ya muy mayor y la otra, su hija, joven y agraciada. La señora mayor recibía a mi abuelo con abrazos y besos; la hija con deferencia. Después supe que la joven y bonita señora era una actriz famosa en aquellos días: Mimí Derba. Su madre, a fines del siglo pasado, también había sido actriz. Las visitas eran cortas y terminaban después de que los mayores habían bebido una copa y yo comido una golosina. Salíamos antes de la una para tomar otro tranvía, que nos llevaba a San Rafael, a la casa de una paisana de mi abuelo y antigua amiga de la familia,

una viuda con muchos hijos y nietos: Doña Carolina G. La casa era grande y suntuosa; las comidas succulentas y aburridas; la familia, numerosa. Después de la comida los adultos se sentaban en dos o tres mesas y jugaban a las cartas; yo me aburría con un niño de mi edad, muy bien educado y modoso, que yo encontraba insoportable. A eso de las siete de la tarde salíamos para tomar el tren de regreso a Mixcoac.

Una noche, serían ya cerca de las ocho, mi tía y mi madre comenzaron a alarmarse. Ya era hora de que mi abuelo estuviese de regreso. Era uno de sus "días de visita" y había salido solo. Mi primo Guillermo y yo, tendidos sobre la alfombra, hojeábamos un grueso volumen de estampas. ¿Cuál sería? Recuerdo solamente unas pastas rojas y unas letras doradas. ¿La *Historia general de España* de Lafuente o *México a través de los siglos*, ambos abundantemente ilustrados? De pronto, oímos el ruido habitual: el chirrear de la reja, el sonido opaco de los pasos y del bastón, ahora titubeantes, subiendo los seis peldaños de la pequeña escalera, después los mismos pasos en la terraza, igualmente pequeña, con las macetas de las camelias blancas y encarnadas de Amalia, su gran lujo. La puerta se abrió y apareció mi abuelo. Nos miró a todos con una mirada indefinible y, jadeante, dijo: "me siento mal, algo me pasa". Las mujeres lo llevaron a su cuarto, lo sentaron en la cama, le ayudaron a deshacer el nudo de la corbata y a quitarse el saco y la camisa. Masculló: "tal vez me haría bien una friega de alcohol". Mi madre dijo en voz baja: "hay que llamar pronto a un médico". Y salió corriendo hacia el teléfono. Antes de que lo hubiese descolgado, el anciano masculló algo ininteligible, movió la cabeza como para decirle adiós al mundo y murió. Todo no duró más de quince minutos.

La muerte de mi abuelo es envidiable. No sufrió apenas y su agonía duró unos momentos. ¿Se daría cuenta de lo que le ocurría? Creo que sí. Todos se dan, nos damos, cuenta. Ireneo Paz murió en 1924. Tenía ochenta y ocho años y yo diez. Fue el primer hombre que vi morir. ◀

MÉXICO, A 10 DE NOVIEMBRE DE 1996.

El pasado diciembre un incendio consumió parte del departamento de Octavio y Marie-José Paz. Desde aquí queremos darles las gracias, en su nombre, a las muy numerosas personas que han manifestado su preocupación por el incidente.